

# ABECEDARIO DE LA QUIMERA

*Alcy Zambrano García*

*A Dubis Maury González*

Camino a la sombra  
    que en medio de la canícula  
se abre en la ribera.

El río danza  
con los caliches  
haciéndolos sonar  
en sus entrañas.

Es un canto  
    que anuncia la llegada del invierno.

Le escucho  
desde la hojarasca  
y jugueteo con las estrellas:  
cuento doscientas y devuelvo  
la vista a la corriente  
que se mueve como el tiempo.

Un pitirri  
picotea a un saltamontes  
y su lamento llega a mis oídos.

La cigarra insiste  
en que su canto  
no ha de dejar

dormir al mundo.

Avanza la mano  
sobre el herbaje  
en dirección contraria  
al río.

Dos tórtolas  
se picotean  
en una ebria danza  
que pronto los conducirá  
a la ardiente gruta  
cegada entre las estelas.

En la oscuridad  
se abre paso  
un navío que tose.  
Ahí viene mi esperanza.

Ha pasado muchas tribulaciones  
para entregar el canto.

Trae en su equipaje  
los primeros besos  
Que intercambié en el naranjero. Siento su aroma  
impregnándose en las pocas prendas  
que le cubren.

Cuando en la cálida tarde  
su frágil cuerpo se entregaba al mío  
ella huía a limpiar su pecado  
mientras su cabellera  
corría a los pasos de las corrientes del ancho río.

Sudo

y silbo  
en la mañana florida.

Da el rocío  
su cuota de  
lágrimas  
a la tierra.

Retorna  
la piel  
a la grieta.

Brama  
en su caída  
la roca.

No cesa  
la cigarra  
en su tímida  
propuesta.

La extranjera  
crea con su dorado cabello  
una bella trenza  
que cae,  
cae,  
cae,  
a sus rodillas.

Cuando niños fuimos  
jugueteábamos en el traspatio  
cubriendo nuestras espaldas  
con las espigas de las hojas secas.

Su cabello  
enredado entre mis dedos  
impedía quitarme la picazón.

Feliz yace

en la hierba  
la baba  
que bajaba  
por sus pezones  
en aquellas  
tardes en que nos  
devorábamos.

Gritos en el pasillo  
aturdían nuestros cuerpos  
y ella regresaba  
a su labor tortuosa.

Cuando por el torrente bajó el vapor  
toda una nube se posó ante el sol.

El zumbido del motor  
ahogó el bufido de la bestia.

En el muelle saltaban los anfitriones.  
La felicidad ocultaba la triste derrota  
a la que por años hube entregarme.

La más ardiente  
sonrisa  
se abrió paso  
en medio de la chiquillada  
que había olvidado  
el por qué de su algarabía.

Sube la luna  
en línea recta  
y le sigue  
una estrella  
como queriendo  
unirse a ella.

La limpieza de los socavones  
ha comenzado.

La canícula  
insiste,  
quizás ella es  
también una cigarra.  
Resplandecen las luces en la profundidad del navío.  
La llovizna hace presencia en la noche.

La pesadez del sudor  
se adhiere a las sábanas  
y los cuerpos adormecidos  
marchan a la orilla  
a henchir de angustia  
a las crías que  
penden de la bonga.

El anfitrión  
pasa a ocupar  
la pequeña bahía  
construida por los marinos  
tras la pasada tempestad.

Enciende las luces  
y origina un extraño paisaje  
que embellece a la madrugada.

Allá  
en la casona de techos elevados  
una ducha acaricia  
los despiertos pechos de la  
recién  
llegada.

No recuerdo su voz  
y, sin embargo,  
creo escuchar de sus labios  
las mismas palabras  
que pronunciaba  
en el traspatio.

Cuando  
revisaba las hojas  
podridas  
y descubría cúmulo de insectos,  
color grisáceo,  
quienes con sus múltiples  
patas  
trataban de guarecerse  
en otras hojas.

La casona  
brilla igual que el navío.

La noche viste  
a ambos sitios  
que pronto la neblina  
cubrirá con su manto.

Voy en medio  
del fango  
de regreso a casa.  
Un estampido de turpiales  
Hace que retorne la vista al río.

¡Ay, como boyan los cuerpos  
y las aves de rapiña adormecen en  
la podredumbre!

De las montañas,  
acribillados cuerpos

descienden por las densas aguas  
a la mar.

Pertenecen  
a un lejano país  
donde la guerra  
jamás ha cesado.

De este lado,  
hileras de cocoteros  
se batan con el viento.

Se batan los cocoteros  
donde un día nos cubrió la pasión.

Y la carne de los cocos  
resbalaban por tu vientre.

Una mañana  
llegó un forastero  
y topó su baúl  
con nuestros ardientes cuerpos.

El error  
fue nuestro:  
hoy los frágiles gestos  
se niegan a reconocerse.

Marcho al río  
a recoger los labios que al atardecer se ofrecieron.

A uno y otro lado la extranjera se entrega.  
Secretamente un pistilo segrega su néctar.  
Rebasando las líneas del trágico destino.

Leva  
la nave y en su vagar sin descanso  
se lleva lo que más amo.

Huye,  
huye mi vida  
en algún  
rincón del vapor  
que ruidosamente  
avanza al olvido.